

Los años sesenta del siglo XX: Una década prodigiosa que inicia un cambio de época

Hernán Dinamarca (1)

En los años sesenta del siglo XX se inician cambios culturales que se insinúan como “marginalidades dinámicas”, según la feliz expresión del filósofo y psicoanalista francés Félix Guattari: movimientos sociales y culturales que surgen en las orillas del sistema social, pero que tienden históricamente a expandirse hasta convertirse en nuevos modos de vida. Ese ha sido el proceso vivido por los movimientos contraculturales de los sesenta: ahí surgen los ecologistas; las feministas contemporáneas; los movimientos en pro de la tolerancia y la legitimidad del otro, de la aceptación de las identidades y diversidades sexuales, culturales y étnicas; los primeros signos de una nueva economía y la actitud cultural de la individuación y el desarrollo personal. Y quién puede negar que la sensibilidad implícita en esas marginalidades dinámicas, hoy son una nueva red de conversaciones. Los cambios que explotaron en los años sesenta fueron de tal envergadura cualitativa y paradigmática, de tal vigor cultural, que, haciendo una analogía histórica, más parecen signos de un nuevo Renacimiento.

A manera de prólogo: modelo 68, un modelo para armar

Cómo suele hacerlo el periodismo, en este mes y año –mayo del 2008 –, los medios en una suerte de inercia tratan de entender los ecos de una fecha paradigmática: mayo del 68. Han pasado cuarenta años –que en la historia larga no son nada- y obviamente a los editores les parece un buen motivo para ocupar mucha tinta e imágenes evocando lo que ya es una fecha histórica.

Sin embargo, acercarse siquiera a comprender históricamente -en su sentido largo y profundo- el Modelo 68, requiere de más tiempo y de más reflexión. Se necesita una perspectiva que sólo la puede dar el tiempo (pese a que en el arte ya hay obras mayores que se están aproximando con sutileza a los años sesenta, por ejemplo, el reciente film *Across the Universe* -2007- de Julie Taymor) y se necesita de un contexto que sólo lo puede dar un análisis más exhaustivo de lo que ocurrió durante toda esa década en occidente. Por eso, asimilar el Modelo 68 –título que he tomado de una crónica periodística escrita en estos días-, requiere de otro paradigma, de otro modelo, para ser armado... Ese iracundo y creativo mayo, mes símbolo de una década, insinuó una nueva vida hace cuarenta años; hoy entonces necesita de un nuevo paradigma para ser re-visitado. Y aportar en ese sentido es mi ánimo en estas páginas.

Fue en los años sesenta, en Occidente, cuando empezamos social y culturalmente a constatar con urgencia las presiones hacia la insustentabilidad del modo de vida propio e histórico de la época moderna. Y como vital respuesta de la conciencia humana, en esa década prodigiosa la especie comenzó a imaginar un nuevo modo de vida. Fue ahí cuando una notable y apasionada generación de hombres y mujeres, en todos los lugares del planeta, participando en movimientos contraculturales y experimentando nuevos modos de vida, dio inicio a la erosión del ya viejo paradigma social moderno –recordemos que la mirada histórica moderna lleva ya algunos siglos.

Desde los años sesenta comienzan a ocurrir cambios culturales que se insinúan como “marginalidades dinámicas”, según la feliz expresión del filósofo y psicoanalista francés Félix Guattari: movimientos sociales y culturales que surgen en las orillas del sistema social, pero que tienden históricamente a expandirse hasta convertirse en nuevos modos de vida.

Ahí se inauguró un movimiento cultural multiforme y diverso, contra-cultural en sus orígenes. Éste, sin saberlo, opera en red: individuos, ideas, colectivos, nuevos movimientos sociales que, tal como ha ocurrido en otras transiciones epocales, se empezaron a encontrar sincrónicamente en la historia y a cambiar en las bases el modo de vida humano.

Sin duda, aún carecemos de la perspectiva histórica para sentir todos los ecos de esa década inaugural. Ese es un capítulo abierto de la aventura humana.

Los analistas neoconservadores y neoliberales, desde su acostumbrada miopía, se han limitado a destacar la derrota política de ese fértil movimiento cultural. Para ellos ésa fue una década perdida, asociada a un radicalismo infantil que sólo dejó una huella de dolor por sus excesos y por algunas de sus consignas y discursos tan subversivos: “*Prohibido Prohibir*” en París, “*El Mercurio Miente*” en Santiago, “*La Legítima Violencia de los Condenados de la Tierra*” en África. Esos críticos neoconservadores y neoliberales, cuya matriz paradigmática es de la modernidad más profunda, sólo han querido reconocer en los años sesenta el origen de los supuestos “males morales” que hoy nos sacuden; en esos años se habría iniciado el “satánico liberalismo en las costumbres” que siempre han mirado horrorizados, aunque lo toleran siempre y cuando aumente las ganancias en sus negocios. Ellos se niegan a ver que esa generación de hombres y mujeres, reaccionando al autoritarismo y a la incoherencia ética de sus padres, simplemente iniciaban una desgarrada búsqueda íntima de una nueva ética, en todas las interacciones cotidianas.

En mi opinión, en la historia de la cultura, los sesenta expresan el nacimiento histórico de una sensibilidad nueva que no en vano hubo de nacer en el espíritu lúdico, rebelde y utópico de esa década en Occidente. La verdadera rebeldía es siempre creación y esos años fueron los más accidentados, transgresores, roqueros, lunares, negroides, femeninos, atómicos, floridos, sensuales, revolucionarios y pacifistas del siglo XX.

Es cierto que las décadas de los 70 y 80 del siglo pasado inhibieron los sueños sesentistas con su aureola neoconservadora. Tras esa inhibición, la capacidad de imaginar (“*la imaginación al poder*”, fue una de las consignas

símbolo de Mayo - 68) fue acosada por el poder de la propia modernidad que era en última instancia la cuestionada. No pocos de esa generación, tal vez los mejores, terminaron en el insondable silencio, y otros, tal vez los más, han sido los actores secundarios del cansancio posterior.

Sin embargo, esa es una mirada corta. Pues la historia larga se mueve por cauces más profundos y complejos. Los sesenta son sinónimo de ruptura histórica. Los “marginales” movimientos contraculturales que allí surgieron y otros que ahí se consolidaron, han generado una huella tan grande en la historia posterior que nuestra corta visión histórica aún no puede develar.

La historiografía contemporánea distingue entre procesos de larga duración, es decir, concepciones, acciones y sensibilidades que pautan la huella profunda de prolongados períodos históricos, y procesos de corta duración, es decir, acciones y sensibilidades de coyuntura, modas de efímera vigencia. Aunque, los últimos, siempre, por reacción o refrendación, van asociados a procesos de larga duración.

En los sesenta se inició un proceso de larga duración, particularmente complejo, y sus tópicos están siendo y serán los desafíos culturales del futuro. Hubo un espíritu, gestos, energía y sabiduría originados y desplegados en los sesenta, cuya herencia es una red de nuevas conversaciones que año tras año y día a día, va ampliándose y seduciendo a más personas, en especial a los jóvenes, inaugurando así un aún inimaginable cambio cultural. Y cuando cambian las conversaciones en sus tópicos más básicos, simplemente estamos ante un radical cambio cultural.

Los años sesenta: ¿Qué herencia?

En los sesenta se inicia un cambio profundo en la mirada y sensibilidad humana: desde un antropocentrismo instrumental (que esta en la base de la modernidad occidental y que se había mostrado autodestructivo) se comienza a transitar a una concepción ecológica o un antro-po-biocentrismo radical (un sentido de responsabilidad integral con lo humano y la vida, que es pos-moderno en el sentido de ir más allá de la mirada moderna).

En otras palabras, este nuevo antro-po-biocentrismo (profundamente ecológico), que como veremos más adelante empieza a configurarse en esos años, aspira a una síntesis entre el antropocentrismo tradicional (de un ego separado de las otras vidas -ego-ismo) y el bio-centrismo común a todas las culturas primigenias en la deriva humana (un animismo – vitalismo integrado).

En una de las películas icono de los años de la sicodelia, *Busco mi destino*, hay una sugerente escena. En medio del desierto y a todo sol, una comunidad de *hippies* planta una hortaliza. Dennis Hopper, incrédulo, se burla de ellos. Peter Fonda, en cambio, piensa distinto y le dice a su compañero de ruta: “¡ellos lo lograrán!” Y si miramos más allá de la hortaliza y vemos el símbolo tras el gesto de plantarla, Fonda nos deja ante una afirmación que aún resuena muy abierta. Pues es cierto que hoy los *hippies* se asocian a una ex moda joven; sin embargo, tras esa sensibilidad juvenil latía la propuesta de una nueva atmósfera cultural y además latía un sugerente re-enamoramiento con la Tierra (mi buen amigo Mauricio Tolosa, se

entusiasmo cuando recuerda que todos los lugares que hoy son considerados mágicos en el planeta fueron "descubiertos" por los *hippies*.)

En los años sesenta, a manera de gestos contraculturales, se iniciaron todos los movimientos sociales, sensibilidades, valores e ideas postmodernas históricamente constructivistas que, junto con sugerir un nuevo modo de vida, comenzaron a erosionar el paradigma social moderno. Veamos.

El renacimiento de la conciencia ecológica y la necesidad del fin del crecimiento económico

En los sesenta renació en occidente la sensibilidad ecológica. Poetas, *hippies* y científicos coincidieron en cuestionar la vorágine destructiva del ilimitado crecimiento industrial. Con esos ojos la naturaleza volverá a ser mirada como el nicho de los seres naturales que somos.

El primer llamado de alerta ambiental fue en la Conferencia sobre el Medio Ambiente, realizada en Estocolmo en 1961, y allí también nacía una conciencia ecológica global, pues en el Norte occidental del mundo, en el epicentro de la modernidad, la creciente contaminación de los ríos, la polución de las ciudades, la desaparición de especies y de los bosques, era de una evidencia cotidiana y preanunciaba la aceleración del drama ambiental.

Desde antes de los 60, es cierto, hubo individuos inspirados que anunciaron el destino (la destrucción) inevitable que traería el progreso moderno; sin embargo, será en los sesenta cuando socialmente saldrán a las calles los primeros movimientos ambientalistas.

Además, en los 60 se empiezan a realizar los primeros estudios científicos exhaustivos que darán cuerpo al Informe del Club de Roma, publicado en 1972; estudios que serán los fundamentos para tantos pensadores que empezarán en esos años a hablar de la necesidad de **poner fin al crecimiento económico ilimitado** (o al menos a preguntarse sobre su carácter) y a reflexionar sobre una nueva cosmovisión ecológica.

Entre las consignas escritas en las paredes de los "mayos del 68" en el mundo, destaca una joya que fue capaz de resumir intuitivamente esta nueva sensibilidad crítica al devenir económico: "*La mercancía es el opio del pueblo*", escribió alguien en un parafraseo irónico y superador de uno de los más lúcidos pensadores modernos, Carlos Marx. En esta consigna subyacen de manera intuitiva varios ecos y sentidos: una crítica a la enajenación en la mercancía del hombre y la mujer moderna (y cuánto de alienados estamos aún hoy en el reino desesperado del consumismo y las tarjetas de créditos); subyace también una esperanza en salir de ese opio y vivir en una simplicidad voluntaria, en el reciclaje y en la des-materialización de la economía; en fin, tantas cosas que se han ido profundizando en las reflexiones de los años posteriores a esa potente intuición callejera.

De los sesenta en adelante emergió una nueva conversación con la naturaleza: respetuosa, solidaria y acogedora de la biodiversidad.

Nuevos valores económicos y emergencia de la necesidad de una reorganización de la economía

En los sesenta, los principios de la actividad económica moderna comenzaron a ser subvertidos. Como escribí antes, hombres y mujeres empezaron a cuestionar el valor del crecimiento económico ilimitado y la unilateral búsqueda de la ganancia y el lucro en interacciones competitivas (el único rasgo constante que ha caracterizado al capitalismo moderno), iniciándose así la organización expansiva de redes cooperativas y asociativas sin fines de lucro en la sociedad civil.

También en los sesenta, el paradigma económico industrial, frente a la inminente realidad de la informatización, constata que su *leit motiv* de hombres y mujeres trabajando para producir será subvertido definitivamente por el desplazamiento radical e irreversible de la mano de obra, e incluso de la mente humana, de los procesos productivos de bienes y servicios; constatando además que ese proceso sería muy diferente a la transitoriedad de desplazamientos anteriores, que siempre ocurrían al incorporarse tecnología a la agricultura y a la industria.

El uso creciente de máquinas automatizadas en cualquier actividad económica, pre-anunciaba ya el actual drama del desempleo y del “Fin del Trabajo” socialmente organizado que hasta esa década habíamos conocido. De ahí en más la organización económica espera ser re-organizada.

El revolucionario gesto de las mujeres

En los sesenta, las mujeres reivindicaron con rabia su sino de ternura. Con ese gesto nacía un movimiento cultural antipatriarcal. Durante la modernidad muchas mujeres intentaron un espacio en el mundo político patriarcal: una de sus grandes luchas fue la reivindicación sufragista, la participación electoral que en casi todos los países del mundo occidental se consiguió en los primeros cincuenta años del siglo XX.

Sin embargo, la eclosión femenina de los sesenta por primera vez horadará culturalmente la vida cotidiana de la modernidad. En ese sentido fue una ruptura cultural. Las mujeres desnudaron su sexo, se sacaron los sostenes y los colgaron hacia el cielo. De ahí emergió una conversación femenina que cambió nuestra más cercana cotidianeidad e incluso inundó de contradicciones íntimas al patriarca que cada uno de nosotros lleva dentro.

Cosa nada trivial, luego que por milenios, por designios del azar y las buenas costumbres, las mujeres prácticamente no eran personas, sólo debían obediencia y silencio en la casa, en la cama y en lo público. Ese fue el inicio de un cambio cultural sin parangón en el Occidente patriarcal y que más tarde ha tenido ecos en todas las culturas.

En la historia, pequeños símbolos suelen develar grandes transformaciones culturales. En los sesenta, John Lennon junto a Yoko Ono, en pareja, daban el vamos a un cambio cultural acostados en esa gloriosa cama de un hotel

neoyorquino, desde donde nos invitaron a enredarnos en nuevas y horizontales relaciones humanas. Coincidentemente, allá lejos, en la sierra boliviana, el Che Guevara era aún motivado por una radical ideología moderna, y solo, sin mujer y acurrucado en su bondad, encontraría una trágica muerte. Todo un símbolo: los primeros íconos inspirados por valores postmodernos vivían el cambio cultural en pareja, mientras el último gran icono moderno moría sin pareja debido a la “necesidad” impuesta por una idea de revolución que violentamente soñaba con imponer su razón moderna.

Los movimientos de la diversidad cultural

En los sesenta fue redignificada la diversidad cultural. Martín Luther King y Malcolm X, entre otros, bailaron y pensaron con los negros por las calles. Y simultáneamente las culturas indígenas del mundo se empezaron a reencontrar consigo mismas, luego de siglos de un triste, sumiso y violentado pasar en un mundo que les era ancho y ajeno, parafraseando la potente imagen del escritor peruano Ciro Alegría.

En los sesenta ocurrió también el fin del colonialismo político, esa larga rémora institucional que el occidente moderno en la época histórica moderna impuso como dominio a todas las otras culturas.

El etnocentrismo de la razón moderna fue brutal. Al expandirse geográficamente, occidente llevó adelante genocidios inmensos. En África escribió páginas horrorosas, cuando muy esquizofrénicamente, en nombre de la razón, la producción y la libertad, se solazó con el tráfico y esclavitud de los negros. En América escribió páginas dramáticas, cuando en nombre de la democracia y el progreso aniquiló a millones y millones de indígenas. En Asia escribió páginas de venganza, cuando en nombre de la libertad de comercio humilló a los asiáticos y árabes.

En otro signo de emergencia paradigmática, serán los años sesenta el hito fundacional de los movimientos anticolonialistas y de los países no alineados para expresar la diversidad cultural y política del mundo, luego de varios siglos en que las avanzadas conquistadoras de Europa estaban ciertas de que lo único legítimo era el valor cultural de la fuerza, de la tecnología, de su religión de turno y de la ambición del oro. Si no, todo lo diverso debía ser castigado y aniquilado.

El inicio de la liberación cultural de los negros y de otros grupos étnicos ha sido socialmente crucial. Antes, para la mirada occidental, los negros eran aptos sólo para experimentaciones médicas y el trabajo brutal, más allá de que algunos negros elegidos eran llamados a la fiesta con su música y sus cuerpos. Por su parte, los “indios”, los “orientales” y otras “rarezas”, eran simplemente raros. De ahí entonces que la auto-reivindicación de su originalidad, junto al anticolonialismo, plantearon una ruptura histórica que empezó a mostrar la diversidad de rostros de los pueblos (la socio-diversidad).

A partir de los años sesenta, en nuestras conversaciones intraoccidente cada vez menos lo culturalmente diferente sería castigado.

El reconocimiento de la diversidad etérea y humana

Hasta los años sesenta, los viejos eran objeto de un respeto frío y de una suerte de desprecio no explícito. Su incapacidad para participar en los procesos productivos los convertía lisa y llanamente en población inútil y pasiva.

Los viejos eran sólo aquellos que vagaban cerca de la muerte. Y la muerte, para el occidental moderno, ha sido oscura, algo a temer e inasible. La actitud occidental ante la muerte ha sido de un materialismo brutal. El hombre y la mujer modernos han dialogado con la muerte igual como su moral ha percibido el sexo: con recato y temor, lo que no fue extraño, pues el hombre moderno, desde su Yo egótico, sólo quería el autocontrol y el control, categorías en que el sexo y la muerte simplemente no entran.

También hasta los sesenta los niños sólo eran objeto de la ira del autoritarismo patriarcal. Ellos, literalmente, no eran personas. Eran sólo objetos a ser modelados por una disciplina del terror, rígida y sin emociones. El film de Ingmar Bergman, *Fanny y Alexander*, se convirtió en un clásico por mostrar en todos sus excesos el autoritarismo moderno en la interacción entre padres e hijos y, en consecuencia, por desnudar las emociones castradas de esos hijos.

Además, hasta los sesenta los discapacitados eran una diferencia física o mental que sólo traía pena a su entorno más cercano, lástima en el lejano, y siempre una dura exclusión. Ellos eran demasiado distintos a la implacable y única “normalidad humana”, que era tal sí estaba capacitada para producir bienes. Sin embargo, a partir de esa década se inicia una reacción a estas actitudes y valores. A los discapacitados se les empieza a mirar como singularidades que pueden participar en escuelas, en deportes, en trabajos especiales. Y en la ciudad, algunas calles, transportes y edificios, comienzan a diseñarse pensando en que hay algunos individuos de la especie que escapan a la norma.

Coincidentemente se empieza a revalorar, emulando a las culturas antiguas, a los ancianos como viejos-sabios, con toda su experiencia a cuestas. Desde ahí se inician intentos sociales y públicos por reincorporarlos a la vida social, no tan sólo a distanciarlos y abandonarlos una vez que dejan de producir. Ellos mismos, además, empiezan a crear sus propios espacios de convivencia.

Y en esos años también los niños empiezan a ser personas, a ser mirados como “gente menuda”, como unos “locos bajitos” (según Joan Manuel Serrat) que pueden sentarse a la mesa y ser escuchados. Así inician un vital diálogo con sus padres, democratizando etéreamente la vida cotidiana.

Los pacifistas y la reivindicación del fin de la guerra

En los sesenta nacieron movimientos antinucleares, reactivando el pacifismo. La amenaza nuclear inhibió los arrebatos guerreros y los pacifistas, a veces violentamente, nos sugirieron hacer el amor y no la guerra.

La confrontación e imposición autoritaria empezó a ceder el paso al convencimiento y a la honesta seducción. Un hecho muy significativo, pues se empezaría a criticar la absurda falacia, en tiempos tecnológicos y nucleares, de que

la guerra es la continuación de la política por otros medios, ya que ella hoy podría llegar a ser sólo la instauración del imperio de la muerte global.

Los jóvenes y el grito cultural del rock

En los sesenta nacieron movimientos juveniles y culturales, hippies y reformas estudiantiles, iniciando sueños y liberaciones varias. Este hecho fue muy relevante, ya que por designios de las esperanzas de vida, de los procesos educativos y del trabajo, los jóvenes como hecho sociológico y cultural, antes no existían. Durante gran parte del Occidente moderno, y en casi todas las culturas precedentes, no existió la juventud como categoría social y real de un grupo etéreo. Antes, el tránsito de la niñez a la adultez era inmediato, sólo había un breve y simbólico rito de paso. Cada cultura tenía el suyo. En Occidente, según la ubicación social había una mayor o menor laxitud en ese tránsito. Pero, en general, la mayoría transitaba directo al trabajo o directo al ejercicio de la responsabilidad y el poder.

Con la ampliación de los procesos educativos, producto de la complejización de la vida económico-social de la modernidad, emergió la juventud como categoría social. El rito de tránsito de la niñez a la adultez se hace más largo e involucra más años en dependencia de sus padres y en un asimilar conocimientos. Ya a finales de los años cincuenta, una película de época, "Rebelde Sin Causa", expresó en el arte la nueva realidad del ser juvenil e instauró a su propio icono, James Dean.

Estos movimientos juveniles emergentes, con su impronta de rebeldía, vendrían a recordar a la humanidad que el período de preparación y crecimiento, de apertura síquica, es vital para que cada hombre y mujer actúe y reflexione. Serán los jóvenes los principales protagonistas de hechos culturalmente claves de esos años (animaron masivamente el Mayo del 68, en Paris, en Praga, en California, en México y en Chile, por ejemplo); fueron ellos quienes primero conectarán en su ser íntimo con los cambios en la vida sexual, con la nueva sensibilidad ecológica y con la nueva sensibilidad antipatriarcal.

Y serán también ellos los verdaderos amantes del rock, un hecho de implicancias culturalmente postmodernas en que pocos han reparado. En los sesenta emergió con fuerza social y cultural inédita "El Grito del Amor", según la bella metáfora usada en el título de la historia del rock escrita por el ensayista, Fabio Salas. Este autor destaca la fuerza erótica del rock, con su liberación de los cuerpos, con una energía que se abría paso entre las fuertes amarras de una sociedad moderna, que si bien post-victoriana, aún vivía atenazada por la incoherencia moral que escondía a los cuerpos. Salas ve en el rock un movimiento musical inspirado por un nuevo humanismo que emergía desde el cuerpo. El rock ha sido "el máximo exponente del energismo" que eclosionó en Occidente al ritmo de bandas y músicos notables (y con algunos de ellos apasionadamente apagados a los veinte y tanto, por ejemplo, Joplin, Hendrix y Morrison).

El rock no fue sólo electricidad, sino que musicalmente se nutría, entre otras fuentes, del sonido del Blues, ese vital lamento de la cultura negra. En ese sentido, la cultura postmoderna que se comenzaba a incubar en Occidente fue también heredera de la cultura negra. La emergencia de un nuevo vínculo con

nuestros cuerpos se lo debemos a una cultura que desde siempre había vivido la sensualidad comprometiendo a todo su organismo.

El rock también experimentó con LSD (una droga sintetizada en el laboratorio y que amplía la conciencia), y lo hizo sincrónicamente con la ciencia para constatar que la realidad se viste de todas las cosas y que el sueño y los viajes al inconsciente son tan reales como la breve realidad de algunos sentidos.

El rock de los sesenta fue una actitud iconoclasta constructiva. Por eso, como todo un símbolo de la energía y actitud de esos años, el festival de rock de *Woodstock* cierra la década en paz. En 1969, quinientas mil personas durante tres días se reunieron con música y drogas, con sexo, con tacos automovilísticos de hasta 30 kilómetros, pero, a diferencia del presente, no hubo policía ni represión. Según las estadísticas, no hubo ninguna riña ni detenido por violencia. Hubo sólo tres muertos por sobredosis de drogas y a manera de una vital compensación allí también nacieron tres niños. Más tarde, en cambio, de la mano de la reacción culturalmente neoconservadora y represiva, cualquier encuentro juvenil, masivo y de rock, sería siempre inundado de violencia.

Sexo y amor, movimientos por la diversidad sexual

En los sesenta hubo movimientos de liberación sexual entre los jóvenes heterosexuales, que redescubrieron el cuerpo y la ternura, y entre los homosexuales, que empezaron a reconocer su sexo. Todo en una constructiva y creativa acción frente a una modernidad que había convertido al natural sexo y erotismo en algo pecaminoso y oculto: pues esa había sido la desolada vivencia del sexo durante el intenso temor y terror victoriano.

O bien, en el otro extremo, el “divino Marqués” de Sade, filósofo y revolucionario ilustrado, inspirado en el más radical y coherente materialismo moderno, proclamó a gritos un sexo brutal, sin amor: “esa burda emoción idealista”, decía él, para luego proponer un sexo ciego, sin el humano erotismo. Fue tanta la brutalidad del Marqués que la propia modernidad, avergonzada de sus excesos, lo escondió violentamente en el diván. Lo escondió, pero no lo erradicó. Muy acorde a su esquizofrenia cultural, el mundo moderno vivió el sexo con miedo y de manera escindida: en lo público, la castración y el recato, mientras en lo privado intentando siempre acceder a su belleza y, al no poder negar algo tan natural, no pocas veces practicándose a escondidas con parecida brutalidad a la del “divino Marqués”.

En ese contexto cultural de la modernidad, y ya como un emergente signo postmoderno, sin duda será relevante la eclosión de la liberación sexual entre las parejas heterosexuales, una liberación acorde a lo natural del sexo que había destacado el Marqués, pero ahora de la mano de una nueva legitimidad abierta a la emoción, a la transparencia y a la ternura. Sexo, amor y erotismo querían volver a caminar juntos. Esa impronta de los sesenta, graficada en jóvenes desnudos entregándose una flor, será fundamental en la búsqueda posterior de una nueva moral postmoderna, más allá de los desgarros íntimos en que han vivido las generaciones inmediatamente posteriores.

También será relevante la eclosión de los primeros movimientos homosexuales en pro de otorgarse visibilidad y legitimidad, luego que por siglos fueran considerados como el sexo “indecente”. Durante la modernidad todo lo extraño y diverso sexualmente había sido sólo una vulgar anomalía, ya sea encubierta o perseguida. A partir de los sesenta surgieron las primeras respuestas institucionales a las nuevas conversaciones y prácticas liberadoras, que llevaron en Inglaterra, Alemania y Canadá a una despenalización de la homosexualidad, iniciándose así un proceso histórico que poco a poco iría ampliando la aceptación emocional de lo sexualmente diverso. De ahí en más en nuestras conversaciones re-emergerían los cuerpos.

Nacen movimientos por una nueva espiritualidad

En los sesenta, a manera de todo un símbolo, los Beatles viajaron a Oriente a re-encontrarse con otra sabiduría milenaria. Antes, en distintos momentos durante la modernidad, en especial en la reacción romántica a la racionalidad instrumental moderna, muchos artistas y algunos intelectuales (Heiddeger, Eliade, Jung y Gorki, por ejemplo) ya habían abierto puentes horizontales con Oriente e incluso algunas religiones minoritarias en Occidente -los espiritistas franceses- eran herederos de la espiritualidad de Oriente.

Sin embargo, será en los años sesenta cuando se empieza a masificar culturalmente este diálogo horizontal. Los occidentales llevaron a Oriente a Cristo, a Descartes y a la fría razón instrumental y regresaron con Buda, con el Tao y el desafío de la individuación y el cambio personal. Nacía así un primer acercamiento en busca de una síntesis cultural entre Oriente y Occidente al iniciarse el éxodo de grupos de jóvenes cartesianos que iban tras la espiritualidad y desarrollo personal de Oriente. De ahí en más, respetuosamente, la mirada de Occidente empezaría a dialogar con la espiritualidad de Oriente.

Y más tarde, la mirada de occidente también empezaría a dialogar con las espiritualidades de todos los pueblos de la Tierra. En ese contexto, no es extraño que en 1969 haya sido publicado el primer libro de *Las Enseñanzas de Don Juan* de Carlos Castañeda, obra que sobre la base de la filosofía tolteca inicia una saga de escritos que seducirán a generaciones de occidentales con la sabiduría de las culturas originarias de América. En Occidente nacieron entonces múltiples neo espiritualidades, todas neopanteístas, inspiradas por diversas sabidurías y en general como expresión de búsquedas personales y no institucionales.

La revolución intra - Iglesia: El Concilio II

La más grande religión institucional de Occidente, la Iglesia Católica, inicia en los años sesenta su propio proceso histórico de asimilación del fin de la modernidad y del inicio de una nueva época. Entre 1962 y 1966, el Concilio Vaticano II revoluciona a la Iglesia.

La milenaria institución sin duda que tiene sentido histórico. Ama y señora durante los mil años del medioevo, en los inicios de la modernidad tuvo fuertes

conflictos con los emergentes valores modernos y conoció de una importante escisión: el protestantismo. Éste, como lo demostró Max Weber, fue una singular actualización del cristianismo a los nuevos tiempos y un motor ideológico más de la modernidad al convocar a una maximización del hacer en este mundo. Por su parte, el catolicismo oficial, la Iglesia de Roma, primero hizo una defensa a ultranza del antiguo régimen, aunque luego también vivió su propia Reforma (la Contrarreforma), acomodándose así para compartir el poder intramodernidad.

Siglos más tarde, anidada ya la Iglesia en sus “tradiciones modernas”, el Concilio Vaticano II vino a remecer históricamente una vez más a la Iglesia Católica. Este fue un movimiento que desde el propio seno de la institución le interpeló, le sacó las sotanas, la volvió a las calles e incipientemente impulsó a los teólogos a repensar los nuevos desafíos culturales de la postmodernidad (en el sentido de ser desafíos que irían pautando una ruptura con lo que había sido la época moderna).

La Iglesia postconcilio ha vivido muy tensa. A algunos de sus teólogos más radicales los expulsó, pero le ha sido imposible borrar sus huellas. Leonardo Boff, por ejemplo, sacerdote brasileño y teólogo católico contemporáneo, fue expulsado y hoy desde afuera de la Iglesia, aunque no al margen de su fe, escribe y practica ecología y teología.

El teólogo uruguayo Luis Pérez Aguirre, en su obra “La Iglesia Increíble, materias pendientes para su Tercer Milenio”, ha sintetizado las nuevas interpelaciones que la postmodernidad hace a la Iglesia y cuyos orígenes, como desafíos, se remontan al Concilio II. Según Pérez Aguirre, la Iglesia para ser creíble hoy debe asumir las nuevas interpelaciones culturales: la interpelación desde el cuerpo, asumiendo la sexualidad y sensualidad en todas sus expresiones; la interpelación desde los pobres; la interpelación de un vivir comunitario y no como monarquía; la interpelación desde la mujer, superando su patriarcalismo interno y hacia el mundo; la interpelación desde la naturaleza, asumiendo la ecología.

Aunque la reacción conservadora al interior de la Iglesia postconcilio ha sido intensa, es también históricamente inequívoco que hoy está siendo cruzada por estas interpelaciones. E incluso, en Europa y Estados Unidos, especialmente, es común ver a líderes católicos institucionales al lado de movimientos feministas, de neo espiritualidades, de gays y ecologistas. La historia de la Iglesia, una vez más, está abierta.

Un nuevo paradigma científico

En los sesenta, sobre la base de nuevas miradas y teorías científicas, la ciencia pura y su asombrosa búsqueda de sabiduría transitó definitivamente hacia uno de esos cambios de paradigma en la ciencia que por esos mismos años describía Thomas Khun en su “Estructura de las Revoluciones Científicas”.

Ya antes, en los cincuenta primeros años del siglo XX, la física cuántica, las observaciones astrofísicas de Hubble y luego Einstein con sus potentes

ecuaciones, indicaban un nuevo rumbo para la ciencia occidental, poniendo en entredicho al paradigma moderno con su separación de sujeto y objeto y su comprensión de un universo mecánico y eterno. Pero será definitivamente en los años sesenta cuando este cambio de paradigma se ve refrendado con nuevas teorías y descubrimientos.

En esos años se consolida la cibernética y la teoría de sistemas. Surge la física no lineal y las matemáticas de la complejidad. En biología sistémica nace la teoría de la autopoiesis para explicar la vida. La razón instrumental, lineal y mecanicista, era puesta en entredicho por el “caos” de una mariposa que aleteaba en cualquier parte y podía desencadenar una tormenta en Nueva York, o por una “autopoiesis” que explicaba la vida como una red autogeneradora, una circularidad compleja, bella e intensa. También en esos años se sintetiza el ADN, que será clave para desentrañar los secretos de la vida. La doble hélice (el ADN), la información de la vida tras todas las vidas, se nos empieza a aparecer misteriosamente como una serpiente cósmica, igual que en la mayoría de los relatos de las cosmovisiones originarias para explicar el principio de la vida. En 1965, Emmet Leith y Juris Upatnicks anunciaron que habían construido hologramas con el recién creado rayo láser (que en la teoría había sido descrito en 1947 por el matemático Dennis Gabor). En 1969 el neurocirujano Karl Pribram propuso que el holograma constituía un poderoso modelo para los procesos cerebrales y sincrónicamente con el físico David Bohm, intuyeron que la organización del Universo podía ser holográfica. Así abrían cauces para el desarrollo del nuevo paradigma científico holográfico, que, coincidentemente con el paradigma sistémico, continuaría subvirtiéndose en su seno a la ciencia occidental.

Por su parte, en las ciencias sociales y en la filosofía se expandió la idea del fin de todas las ideologías modernas, ya sean liberales o marxistas, ambas de raíz ilustrada. Esa tarea fue radicalmente asumida por los postmodernos desconstruccionistas y resultó ser algo nada trivial luego que en Occidente hasta esos años el mundo sólo se podía mantener o cambiar en una fratricida lucha social guiada por cualquier razón totalitaria.

Las ciencias sociales también incorporaron en esos años la dimensión de lo personal, de la subjetividad, en lo que antes eran unilaterales “sujetos objetivos”. Cosa relevante si la miramos en relación a la separación absoluta que la razón moderna había hecho entre el cambio social y el cambio personal. En esa racionalidad que separaba, muy poco o nada importaba lo más cotidiano: nuestra vida y la salud del cuerpo y la psiquis. Esa suerte de “esquizofrenia” entre lo público (lo social) y lo privado (lo personal), hasta los años sesenta políticamente fue la norma aceptada.

En astrofísica, dos astrónomos norteamericanos, Arno Penzias y Richard Wilson, en 1965, tuvieron el privilegio de observar empíricamente por primera vez un “misterioso resplandor milimétrico” que provenía de todas las direcciones del cielo. Habían detectado “azarosamente” la “radiación fósil”, la luz de la Bola de Fuego, que “ya las observaciones de Hubble, combinadas con la cosmología de Einstein, de Lemaitre y de Freidman”, mostraban a los astrónomos la existencia

del Big Bang. Desde ahí somos la primera generación humana que mira el cielo nocturno y sabe que ahí está la energía y la luz de los comienzos hoy conocidos del universo. Desde ahí sabemos que el universo se expande, cambia y se auto-organiza hacia la complejidad, y desde ahí nosotros empezamos a sabernos parte de ese viaje cósmico.

Emergencia de nuevas tecnologías: internet y biotecnología

También en los años sesenta, en el Pentágono se realizan los primeros ensayos y experiencias de interconexión de computadores en red orientados a la defensa militar, anunciando así a la actual red Internet.

A su vez, a finales de los sesenta, se empieza a experimentar con Organismos Genéticamente Modificados (OMG), dando curso a la actual biotecnología. De hecho, en un *continuum*, ya en 1973 se logrará transferir por primera vez un gen al interior de un colibacilo.

Una nueva comunicación

En los sesenta las comunicaciones empezaron a ser revolucionadas con el nacimiento de la red Internet y con un cielo cercano que empezará a llenarse de “estrellas” artificiales: los satélites.

Lo que primero fue una red para las comunicaciones militares, con los años se iría convirtiendo en una potente revolución de las interacciones de sentidos que nos enredaría a todos, como si fuéramos un cerebro único, con sus grandezas y miserias. Desde entonces, el código trans-genético que es el lenguaje empieza también a operar en una red planetaria.

Si la imprenta fue la tecnología que a finales de la edad media e inicios de la modernidad revolucionó a las comunicaciones, marcando a toda la época moderna, ahora Internet, por la radicalidad de su revolución, sin duda será la tecnología que marcará las comunicaciones del emergente mundo postmoderno.

El inicio del fin de un hueso duro de la modernidad

En los sesenta también eclosionó el cuestionamiento social en el propio seno del moderno socialismo realmente existente. En 1968, en Checoslovaquia, los movimientos sociales que por primera vez salían a las calles en la Primavera de Praga, con flores y al estilo parisino, empezaron a resquebrajar a este hueso duro de la modernidad: el socialismo real.

Hoy sabemos que junto al liberalismo económico y político, el socialismo fue el otro hijo del proyecto moderno racional e ilustrado. Un hijo radical y a la vez una variante para la administración de la modernidad, que hasta esa fecha, al menos en la Unión Soviética, aún sobrevivía en competencia con el capitalismo y también mostrando su capacidad de control y destrucción de la naturaleza, su potencial para el crecimiento económico y el desarrollo de las fuerzas productivas.

Todo aquello que había sido la misión más íntima y compartida por el socialismo y capitalismo, tal cual Caín y Abel, en tanto hijos del proyecto moderno.

El primer paso del hombre en la Luna, fue un salto gigante hacia la conciencia planetaria de la humanidad

En los sesenta, un hombre pisó la Luna y de inmediato abrió los ojos para observar el espacio cósmico, descubriendo en el horizonte una hermosa esfera azul que es nuestro vivo y único hogar. Paradójicamente, fuimos a conquistar la Luna y terminamos descubriendo la Tierra.

De esa manera, la conciencia de una humanidad que permanecía simultáneamente en red y asombrada frente a los millones de televisores encendidos y conectados en vivo y en directo hacia la Luna, se impregnaba de un sentimiento de pertenencia a la Tierra que nunca antes pudimos tener. Desde ahí se expande la conciencia planetaria, el más potente signo cultural de la actual mundialización.

La píldora y el control demográfico

En 1960 nació la píldora anticonceptiva oral. Esta creación, sincrónicamente, vendrá a facilitar la revolución en la vida sexual que se iniciaba en esa década. En perspectiva histórica, la píldora fue la creación cultural por excelencia que permitió iniciar una respuesta real ante la inquietante amenaza de la sobrepoblación.

Si no un neo-renacimiento, ¿qué fueron entonces los sesenta?

Esos, entre otros, fueron los radicales signos y gritos de los sesenta. Cuando jóvenes y movimientos estudiantiles, junto a artistas, trabajadores, intelectuales y científicos, se tomaban las calles, en muchos de ellos latían levemente esas emergentes sensibilidades.

¿Por qué eran co-inspiradas esas sensibilidades? ¿Qué significaban esos signos? Por ahora históricamente sólo cabe especular que fue en esa década, más allá de la precedente genialidad intuitiva de Nietzsche, Heidegger y otros pensadores, cuando muchos individuos empezaron a diagnosticar la posibilidad de una autodestrucción de la especie ante los inquietantes síntomas vitales que empezaba a presentar la Tierra (y que hoy, cuarenta años después, ya no son sólo síntomas, sino que claramente sabemos que estamos ante una grave enfermedad, cuya expresión más dramática como amenaza para la especie –no para la Tierra- es el Cambio Climático). El cineasta Stanley Kubrick, en 1968, resumía esa sensibilidad: “A mi modo de ver, la única inmoralidad es la que pone en peligro a la especie humana, y el único mal absoluto, es la amenaza de su aniquilación”.

¿Es que acaso hoy, tres décadas después, esos emergentes gestos culturales han sido olvidados? No lo han sido. Es un hecho también histórico que las profundas huellas heredadas de esas sensibilidades, ahora seducen cada vez

a más personas. Esas “marginalidades dinámicas”, a diferencia de las marginalidades estáticas (expresiones subterráneas que niegan lo social), aunque con origen en espacios alternativos y contraculturales, en procesos históricos de larga duración podrían tender dinámicamente a consolidarse como sensibilidades mayoritarias.

Ese ha sido el proceso vivido por los movimientos contraculturales de los sesenta: ahí surgen los ecologistas y la sensibilidad medioambiental de transversal vigor en el presente; la actual sensibilidad femenina; los movimientos en pro de la tolerancia y la legitimidad del otro; de la aceptación de las identidades y diversidades sexuales, culturales y étnicas; de una nueva economía y la actitud cultural de la individuación y el desarrollo personal. ¿Y acaso alguien puede hoy negar que esas marginalidades dinámicas, tras su expansión en la conciencia humana, tienden cada vez más a ser sensibilidades de una manera u otra consensuadas? ¿Quién podría hoy negar que esos temas y actitudes culturales, esta al centro de una nueva red de conversaciones? Una nueva red que, en una humanidad cuyo sino es el lenguaje, va configurando un emergente período en la historia y un cambio cultural radical.

Escritas estas reflexiones, para mi resulta bello y misterioso que tal vez la consigna más a tono con esa década, *“Seamos realistas, pidamos lo imposible”*, hoy se nos aparezca como una intuición notable. A la manera de la máxima escrita mucho antes por el poeta Blake, *“Imaginación de Ayer, Evidencia de Hoy”*, esa tesis no andaba tan extraviada en esos años, si analizamos la posterior deriva en las conversaciones humanas. E igual de bellas e intuitivas aparecen las declaraciones de Daniel Cohn Bendit, uno de los protagonistas de la revuelta parisina: *“Después de lo que hemos vivido durante este mes, ni el mundo ni la vida volverán a ser como eran”*, como si ya en ese entonces, a fines de mayo de 1968, él comprendiera los ecos de los hechos históricos en que estaba participando en esos intensos años sesenta.

En fin, los cambios que explosionaron en esa década prodigiosa fueron de tal envergadura cualitativa y paradigmática, de tal fuerza cultural, que haciendo una analogía histórica más parecen signos de un nuevo Renacimiento: a partir de los sesenta como humanidad vivimos en la vorágine inicial de una nueva manera de mirar, de una transición epocal de dimensiones aún insospechadas e inciertas, y cuyo proceso histórico será largo e intenso.

Nota 1) Estas reflexiones sobre la herencia cultural de los años sesenta se encuentran latamente desarrolladas en libros de mi autoría, especialmente en “El Viaje en el Uro Aruma”, 1996, Ed. Lom, y en “Epitafio a la Modernidad: Desafío para una Crítica Posmoderna”, Ed. Universidad Bolivariana, 2004. Por su parte, en el libro “Después de Todo: Conversaciones sobre el Cambio de Época”, Ed. B, 2000, en co-autoría con Carlos Altamirano, se encuentra el sustrato histórico de estas reflexiones.